

dejaba vivir al Rey, exigiéndole, por medio del marido suyo y ministro del Rey, que tomara un confesor, á la regia conciencia repulsivo, un heterodoxo é injuramentado confesor. Fuese por estas causas, fuese por otras, habíase mucho exacerbado la inquina del clero á la revolución, obligando el veintisiete de Mayo la presentación de un decreto á la Cámara con urgencia, en el cual decreto se infligía la deportación fuera del reino á los clérigos, cuya infidelidad constitucional fuese por veinte ó más testigos certificada.

Nada se podía intentar para meter á los clérigos en cintura, ó en orden, mientras el Rey tuviese un veto, porque, desconocedor del régimen parlamentario, no creía en su irresponsabilidad personal, é imaginaba debía responder él sólo de las disposiciones tomadas con el Parlamento, como cuando él sólo, absoluto y divino, las tomaba, es decir, que debía proceder á guisa y manera de los antiguos tiempos. Viendo esta resistencia regia, por cuya eficacia quedaba todo lo porvenir á merced y arbitrio de lo pasado, todo progreso detenido por Luis XVI; madama Rolland juzgó hallarse ya en la inevitable alternativa, ó de someterlo, ó de destronar al Rey. No pensó en destronarlo mientras tuvo esperanza de someterlo. Pero, como en esta obra de sumisión del principio monárquico al principio revolucionario entraba sin fe, la estoica republicana no sentía esperanza ninguna de conseguirla, y suscitaba en el espacio contra su realización las mismas dificultades que veía surgir en su propio particular espíritu. La obediencia de Serván á la directora de su partido adolecía del carácter militar congénito á su oficio, el cual siempre á quien lo ejerce presta una segunda naturaleza. Bastaba cualquier insinuación de madama Rolland para que aquel ministro la recibiese como una orden, subyugado por un alma de mujer tan superior á las almas vulgares y que resplandecía con elocuencia tan vívida. Los fuertes se dejan dominar y conducir por los débiles; y así los grandes militares por mujeres y por niños. De aquí, lo más grave: dar á una medida, como la fundación del campamento vecino á París, medida parlamentaria y constitucional, aire de misterio, presentándola sin conocimiento del marido su mujer y sin autorización del Rey su ministro al Parlamento. Así Dumouriez decía, cuando el proyecto sorprendió á todos, que si tomaban ministro y dama tales disposiciones políticas á espaldas del marido de la dama, cuántas de diversas índoles no podía tomar también á sus espaldas, pues engañándolo así en política, podían engañarlo también á sus anchas en amores. Por palacio creían las camarillas que Serván y su inspiratriz se solían entender en materias algo más gratas que las materias de gobierno, y lo mismo se susurraba entre dado y dado, entre brindis y brindis, entre juramento y juramento, en el Estado Mayor de Lafayette, bajo las tiendas, sobre los campos: que la honra femenil, como el cristal delicado y fino, está muy expuesta de suyo en este mundo á quebrarse. Por lo mismo que no había entre dama y ministro ningún otro género de relaciones que la comunidad é identidad completas de pensar y de sentir en política, tomaban á raja tabla estos recuerdos, en que podían arriesgar su cabeza y su honra,

las cuales no hubiesen arriesgado así, movidos por otras pasiones, más egoistas y menos elevadas. Cuando el ideal desde sus cielos tira los humanos hacia lo alto, hay poco tiempo para mirar á lo bajo, á la parte inferior de nuestro sér, y menos para sentir deseo de satisfacer apetitos animales poco fuertes en las exaltaciones de los nervios y en la sobreexcitación del espíritu. Las hogueras del martirio todo lo purifican. En el fuego de una gran pasión por el ideal se funden y evaporan todas las demás pasiones materiales. Imaginaos entre tales incidentes, quema en Sevres del infame libelo, denuncia en París del comité austriaco, relevo en la noche de los Inválidos por los guardias, anuncio solemne por Pétion de la próxima fuga del Rey, respuesta dolentísima del Rey á tales acusaciones, licencia de los guardias del palacio, despedida para siempre de Barnave, perplejidades entre la revolución y la Monarquía de Lafayette, un golpe tan rudo y tan súbito como la reunión de veinte mil hombres tomados en las provincias y apercebidos al ataque de la corona y á la defensa del Parlamento como congregados en armas y movidos por la casi republicana Gironda, cuanto espacio le quedaria para devaneos á quien luchaba con tal número de invencibles dificultades. Un grito de terror lanzó la corte, que se oyó de las estrellas, en sus recelos de gobierno, y en sus celos un grito de Robespierre y la secta jacobina, tan fragoroso cual el grito mismo de la corte. Mas el atrevimiento alcanza corona de triunfo en política las más veces; y no preparado por cabildeos el Congreso, no apercebido por nadie á nada, votó sin detenerse la tremenda ley, que, unida con la referente al clero, debía de dar con la realza en tierra.

Imagináos lo que sería el subsiguiente Consejo de ministros, la Reina despavorida; el Rey airado, si algo airarle podía; Dumouriez burladísimo; el ministro de Justicia, muy buen republicano y muy buen hombre, dolido, y mostrando su dolor en vociferaciones, que reconvenían á los suyos por proceder con misterio, llamándose amigos de la publicidad y de las luces; encrespadas las gentes cortesananas y haciendo de sus gabinetes los condensadores de la reacción; en grandes agitaciones, la Milicia Nacional parisién, pues creía ofensa grave á su fidelidad este llamamiento de los milicianos provinciales á París, puestos bajo su custodia; los jacobinos tan disgustados casi como los cortesanos; Lafayette, acostumbradísimo á todo avizorarlo y en todo meterse, fuera de sí porque se movían las hojas de los árboles sin su previo permiso; la neurosis de los entendimientos y el desarreglo de los nervios llegando á tales extremos de intensidad que parecía la Francia entera poseída de una demencia en su alma y de una epilepsia en su cuerpo como las mostradas por el oráculo de Delfos, por la Pitonisa célebre, al oír la caverna de los Dioses enviarle su electricidad y el cielo y el pavimento rodar en derredor suyo, viéndose como en terremoto y naufragio á los estremecimientos y espasmos de su divina embriaguez y de su cólera sobrenatural. «Nos entregan á veinte mil canallas», decía la Reina en su habitual y antiguo lenguaje de plazuela contra los revolucionarios. «No sancionaré tales decretos»,

exclamaba el Rey por su parte. La indignación de Dumouriez fué tal, que sacó la espada contra Servant, y allí le hubiese atravesado el cuerpo de parte á parte, si la presencia del Rey no lo contiene con toda su majestad. El rey acababa ya de abrazar su fórmula, y como todos los débiles, al salir de sus irresoluciones, y tomar una resolución, creía de su deber sustentarla con empeño aunque le costase la corona y la vida. «Yo no sanciono las dos leyes decía el cuitado á la continua, yo no sanciono las dos leyes». Repugnábale todo decreto contrario al clero, al ejército, este su fuerza y aquel su alma y conciencia. Es muy fácil juzgar los acontecimientos históricos en frío, después de haber pasado hace tiempo; mas hay que poner al más cuerdo, en la situación de los partidos gobernantes entonces con la seguridad absoluta de que hubieran procedido como procedieron los revolucionarios. En palacio se conspiraba y los instrumentos de la conspiración palaciega resultaban el clero castigado y el ejército vigilado por dos decretos revolucionarios, á los cuales el Rey no asentía, siquier se cayese la máquina celeste sobre su corona, y se tragase la tierra, estremecida y volcanizada, su trono. Dumouriez, en quién la cólera no perturbaba el raciocinio, vió con reflexión lo hecho, y se penetró de que iban á recrudecerlo sin remedio las inútiles resistencias del Rey. Así le aconsejó que diera sanción al decreto, acerca del ejército y al decreto acerca del clero. ¡Inútil consejo! Más fácil fuera convencer á un Rey enterrado en el panteón de San Dionisio que á este Rey vivo en el palacio de las Tullerías. Así, llegando al último extremo del paroxismo, en tanto que Luis decía: «no sanciono»; Dumouriez exclamaba, «si V. M. no sanciona, sobrevendrán el destronamiento primero, después el cadalso». Luis, cuya principal virtud estaba en la resignación, respondía: «sobrevengan en cuanto Dios lo disponga; yo á todo estoy preparado». Pero Luis hacía tan mal en esto, como hubiera hecho un piloto que se matase, arrojándose al mar en el comienzo de un naufragio. Dadas aquellas extraordinarias circunstancias, bajo la responsabilidad acumulada por los siglos, con la carga de gentes á las cuales debe acorrer un Monarca, el suicidio no aparece como una muerte voluntaria y propia, no aparece como una matanza, de aquellos á quienes un Rey representa y defiende. Mientras el Rey no sancionaba disposición alguna contra las fuerzas armadas, ni disposición alguna contra los clérigos rebeldes, las fuerzas armadas no sabían resistir en la frontera, por indisciplinadas, y el clero, por subvertido y desordenado traía el peor de los males; en la Vendée una guerra civil.

Para comprender cómo estas agitaciones de arriba trascenderían abajo, bastaría decir que una común procesión anual de Corpus costó muchos sustos, muchas carreras, muchos amontonamientos, y aun conatos á colgar varios patriotas de los faroles, como los patriotas colgaron varios nobles en días nunca olvidados, entre los espasmos de la revolución exarcebada. Existe cerca de las Tullerías en la ribera del río, frente á la gigantesca columnata del maravilloso Louvre paralelo con la ventana desde cuyo alfeizar, Carlos IX arcabuceó á su pueblo, un Templo, mejor dicho una Iglesia llamada San Germán de los

Reyes; pequeña y baja por sus dimensiones, famosa é histórica por sus recuerdos, pues era la parroquia del palacio y de los palaciegos y tocó la noche de San Bartolomé á rebato con su campana, entre cuyos acentos siniestros los sicarios de la reacción religiosa, bendecidos por los jesuitas y azuzados por los Reyes, degollaron en una matanza infernal á los innovadores del siglo décimo-sexto, consagrados al trabajo de renovar el espíritu, para que la renovación del espíritu renovase también la sociedad; evitando así las revoluciones cruentas y abriendo espacio á una serena evolución progresiva. Trescientos años han pasado ya del degüello, y á las evocaciones del arte aún la campana de San Germán, traída en el teatro ficticiamente á nuestros oídos, esparce por las fibras el escalofrío de los terrores trágicos, y por los nervios las excitaciones incontrastables, á cuya sugestión y empuje combatimos todos al infame rejuicio hereditario de fanáticos, exterminadores de una generación ilustre, cual hoy condenamos la superstición y el fanatismo. Al ver la fiesta del Corpus, año noventa y dos, hubiérase dicho que no pasaba cosa ninguna en Francia. Los campanarios, de las matanzas de antaño, difundían ahora sus alegres repiques por los aires; las flores primaverales adornaban el suelo y aromaban el olfato, las músicas y las orquestas henchían el ambiente de concertadas cadencias; los clérigos, con sus trajes negros unos, y con sus multicolores dalmáticas otros, rodeados por sus niños de coro que llevaban sotanas rojas, bajo blanquísimos roquetes, circuían la Custodia incensada y bendecida, irradiando espejos de sus áureos rayos, y despidiendo chispas de sus copiosos brillantes, entre grupos de canónigos, con prelados cubiertos por sus preseas litúrgicas, y grupos de cortesanos ó palaciegos, llevando las ricas vestiduras del antiguo régimen, mientras los fieles, de hinojos sobre los arroyos y sobre las piedras, pedían á Dios vivo misericordia y paz en aquellos horribles instantes de guerra, de revolución, de muerte. Imaginaos que cerca del sitio donde se levanta hoy todavía San Germán, se levantaban entonces por las callejuelas existentes entre las Tullerías y el Louvre, derribadas más tarde para formar la gran calle de Rivoli, el Hipódromo, donde se reunía el Congreso legislativo; la iglesia, desmantelada y profanadísima, donde se reunía la escuela jacobina; los abandonados claustros de los fuldenses, donde se reunían el resto de los constitucionales dispersos; y el Palacio real de los Orleans, donde se reunía todo el mundo y hablaban en murmuraciones continuas los desocupados y politicones, cuando no subían sobre las mesas, y con la escarpela en el sombrero y con la copa en el puño, decían toda suerte de arengas incendiarias, sobreexcitando con sus blasfemias los nervios colectivos y manteniendo con sus neurosis los desórdenes revolucionarios. Pues bien, por tales sitios, ó por sus cercanías, iba la procesión, y tropezaba en cada instante y á cada paso con aquellos revolucionarios de pelo en pecho, emborrachados por las ideas nuevas, á cuyos vapores los angostos cerebros en el cráneo estallaban, destronando á Dios en sus creencias antes de destronar al Rey con su política. Y estos revolucionarios no se quitaban el sombrero ante la Custodia, y tras

tanta irreverencia, decían palabras de verdadera temeridad y hacían gestos de verdadero desacato. Pero como el Catolicismo quedaba proclamado en el Código fundamental religión privilegiada del Estado; como, amén de hallarse reconocido en la Constitución, se hallaba muy arraigado todavía en las creencias y en las costumbres; como el nuevo pensamiento de la filosofía revolucionaria doraba las cimas del entendimiento colectivo, pero no las honduras; por cuyos senos el pueblo yace apegado á sus tradiciones; cada vez que los fanáticos de la revolución perpetraban un acto y hacían una mueca, repulsivos á los fanáticos de la Iglesia, caían éstos sobre aquéllos, no con reconvenciones verbales, con formidables y asesinos golpes. Legendre, el carnicero amigo de Dantón, muy popular en el barrio de San Antonio, vecino éste á la iglesia de San Germán, contaba en el club de Robespierre la noche del Corpus, que, habiendo querido pasar entre aquellos exaltados cofrades religiosos su carretón de la carne, le quisieron ahorcar, y lo hubieran ahorcado, entre la Iglesia y el Palacio, pues ya le ponían al cuello la soga, si no le salvan sus puños formidables y el auxilio de algunos vecinos revolucionarios honrados. Y se hacía lenguas de lo que había visto: suizos custodiando la fiesta con sus partesanas relucientes y sus uniformes rojos, como si aún estuviera en Versalles la corte; literas con damas empingorotadas y vestidas con trajes flordelisados, dirigiendo sus ojos alternativamente á los buenos mozos y á los beatos clérigos; caballeros de San Luis con sus rozagas azules y sus armiños regios, como si á París se hubiese trasladado Coblenza; los pinches de la cocina real vestidos de colores papagayescos, cual un coro de ópera, é insultando á los transeuntes revolucionarios; los provocadores caballeros del puñal envueltos en sus granas del color de la sangre; los disueltos guardias reales ociosos, engordados por el sueldo de la tesorería real, roncando fuerte y escupiendo por el colmillo, como si estuvieran en el gobierno; cosas todas, á cuya exposición los avanzados, reunidos en el club, vociferaban á una, como si les imprimiesen botonazos de fuego, y pedían que se sancionasen las severas leyes, castigando á los audaces fautores de una guerra civil urdida cuando los extranjeros estaban á la puerta y el pueblo todo en peligro. Y mientras así estaban los ánimos, mientras en tan opuestas direcciones tiraban las muchedumbres, lejos de presentarse arriba concordias, presentábanse avanzadas proposiciones del ministerio y ciertas resistencias del Rey, á cuyos choques habían de producirse inevitables catástrofes.

Pues si estaban de tal suerte las luchas entre revolucionarios y reaccionarios, no estaban menos recrudescidas las luchas entre los revolucionarios mismos. Al ver, ya lo hemos dicho, Robespierre el campo de los veinte mil hombres propuesto por Madame Rolland y Servan á espaldas del ministerio y del Rey, creyó no iban solamente contra la Monarquía en este proyecto; iban á una contra él también, contra él, que se creía la Revolución. Así les soltó á Camilo Desmoulins, cuyo estilete llevaba en la punta veneno tan corrosivo como el que lleva la víbora en su lengua. Y decía éste que, así como toda la Francia en el siglo

undécimo se quejaba de San Bernardo por haber expedido á las cruzados millares de franceses, los cuales no volvían jamás, y San Bernardo exclamaba que si los cruzados no cumplieran las profecías frailesacas suyas debíase á los crímenes y á los vicios mostrados por ellos en la guerra; los brissotistas predicaban en los cafés que si no han logrado conquistar y someter Alemania entera, debe imputarse la desgracia, no á él y á los suyos, no, á las divisiones de los jacobinos y á la soberbia de Robespierre. Y tras esto, Desmoulins añadía que los jacobinos estaban incursos en sus acres censuras, mientras eran bonachones y se reconocían satisfechos con que Dumouriez apareciese de gorro colorado en sus sesiones nocturnas y ondease á su vista el pabellón inglés, prometiendo alianzas, como si Pitt las hubiese ya firmado y recibiese una correspondencia de Alemania, por la cual imaginaba los alemanes prontos á reunirse con Francia y anexionarse á Francia, como los feudatarios de Aviñón, y Narvonne hablase de operaciones militares como de paseos regocijantes y el patriota Carrá se retorciese de júbilo en la tribuna, calificando al día de la declaración de guerra el más hermoso día de su vida; mas, por Mayo del noventa y dos, despiertos del sueño sugerido por la bebida de tantas ilusiones, é incapaces de caer en la red espesa de los farsantes á los espejos de la farsa, sólo merecían aplausos y loores, así de sus contemporáneos como de su posteridad y de la Historia. A Desmoulins le importaban poco los escándalos del club; por sus agitaciones se revelan las Asambleas de los pueblos libres. Léanse, decía, las arengas de Cicerón ó Demóstenes, y se verá que Robespierre ha dado mieles á Brissot, en comparación verdadera con las amarguras propinadas por aquellos grandes oradores á Filipo y á Marco Antonio. La inscripción, añadía, puesta en el frontón de su Asamblea, reza con todos los jacobinos: libertad ó muerte. Y tras estas cosas, tan vejatorias para los girondinos, dice que éstos, sus enemigos, le llamaban á él publicista famélico, ladrón á la pluma, removedor del cieno, vil criatura, infame calumniador, por lo cual debían los jacobinos rayarlo de sus listas con presteza y ponerlo en la calle á puntapiés, odiándolo en términos de aseverar todo esto y repetirlo por la boca mal oliente de un tal Patris, antiguo empleado municipal, á sueldo de la Gironda. Si, para defenderse, Camilo sube á la tribuna, los brissotistas, según él refiere, arman fragoroso escándalo para que no le oigan la defensa, y necesita cruzarse de brazos media hora, mientras los silbidos de sus contrarios y los aplausos de su gente lo sacudan como entre dos opuestos oleajes. Mas, al fin, logra que le oigan. Y se defiende con mucha gracia y mucha verbosidad, siquier no pueda su lengua, ni de lejos, acercarse á su pluma en brillo y ligereza. Los brissotistas le piden artículos para sus periódicos; los envía él, no los imprime, los imprimen. Imposible mayor gracia en las invectivas, acierto en los apodos, agilidad en los retruécanos, abundancia en el estilo, ponzoña en las frases; pero con su estilete florentino cincelado á lo Benvenuto, reabría las llagas de todos los odios existentes entre los revolucio-